

Contigo

I

Niña de frescas manos matinales,
dichosa de la luz de tu alta aurora,
pon en mi rostro donde el tiempo llora
tu inocente caricia de cristales.

Borra sombras de ayer, sueños eriales,
con tu casta sonrisa redentora,
y enséñame el olvido, que ya es hora
de espigar en la paz de mis trigales.

Y conmovida flor y sonreída
de juventud feliz, dame la mano,
cruzaremos la tarde de mi vida...

Tu corazón audaz, pájaro ufano,
sólo sepa de canto y no de herida:
inocente y feliz, ¡dame la mano...!

II

¡Oh, compañera maternal, contigo
mi corazón resume su ternura,
y olvida su vigilia de aventura
en la paz generosa de tu abrigo!

Repuesto el sueño de su ayer mendigo,
recupera la luz de su cordura;
vuelve a verse la estrella en agua pura
y el alma vuelve a dialogar consigo.

¡Oh, joven compañera, hada prudente
del hogar en que en ramas me renuevo,
ten la rosa despierta y sé la fuente

donde mi sed de eternidad abrevó!
¡Contigo el canto se haga permanente,
y el hijo lleve esta ilusión que llevo!

III

Y me siento dichoso y frutecido
como un árbol feliz junto a la era.
Seguí la Voz, amé la Primavera,
y por ella mi rama ha florecido.

Y ya tengo la rama con el nido,
donde mi corazón, a su manera,
canta el vivir, su trascender, y espera
renovar en el sueño lo vivido.

Este triunfo del alma, conquistado
a la fuerza de ilusión y de desvelo,
bien merece el afán de tu cuidado,

que el amor sin mancilla ni recelo
es cual la rama en su latir pausado:
sólo busca la luz y el alto cielo.

IV

Yo soy la rama y tú la primavera
que ilumina de amor el triste leño;
yo soy un corazón y tú el empeño
de eternizar la luz de esta quimera.

Eres linfa tranquila y verdadera,
y yo río caudal, bronco y roqueño;
si abrupta y triste condición enseñó,
tú eres llana y feliz cual la pradera.

Contra las nieblas del cercano ocaso
va tu viento auroral. En tu regazo

olvida el alma su dolor de otrora.

Tuve que hallarte en la desierta hora
para entender tu lumbre redentora;
contra la muerte vencerá tu abrazo.